

Los escritos de los psicóticos

La escritura es un hacer que da sostén al pensamiento.
Jacques Lacan

Escribir

Parte 1

Escribir no es lo mismo que hablar, no se parece en nada al decir. Se suele pensar que escribir es una mera inscripción, un modo de registro de lo hablado o una suma a lo hablado. Entre el decir y el escrito hay una montaña.

Todos los escritores insisten en la vertiente placentera que tiene el escribir, el júbilo cuando han encontrado la expresión precisa, la satisfacción por la obra terminada. Casi todos coinciden en la angustia de la imagen de la página en blanco. A algunos les ocurre que el propio escrito les conduce por derroteros inesperados y totalmente impensados. ¿Cómo puede ser que la propia ficción del escritor, al ir escribiéndola, produzca esta acción de expropiación en la que los personajes le van dictando la trama, le arrebatan sus ideas, le sacan de su propio texto dividiéndolo en espectador y, al mismo tiempo, creador? ¿Cómo es posible que el texto nos vaya diciendo lo que no sabíamos?

Muchísimos escritores resaltan la vertiente terapéutica que el escribir tiene para ellos. Algunos aseveran que escriben por miedo, por ejemplo Georges Bataille: *“Pienso que lo que me obliga a escribir es el miedo a volverme loco”*¹. Necesidad de escribir, una especie de forzamiento a hacerlo convertida casi en un deber de escribir,

¹ Georges Bataille. *“Sobre Nietzsche”*



por motivos conscientes y por otros que se desconocen. De ahí que podamos acordar con Marguerite Duras cuando dice: “*nunca descubriré por qué se escribe ni cómo no se escribe*”², pues para cada escritor las razones por las que escribe son singulares.

Los psicóticos que producen escritos, ¿escriben por motivos diferentes a los escritores? Inmediatamente podemos pensar que los psicóticos escriben para sí mismos...

Es conocido, tanto en la clínica psiquiátrica como en la psicoanalítica, el hecho de que los psicóticos escriben y escriben por doquier, producciones literarias, hojas de papel cubiertas de escritura. Hay casos extraordinarios que ya han quedado en la Historia como ejemplares, como el del presidente Schreber que escribió “*Memorias de un enfermo de nervios*”. Se trata sin duda de un caso excepcional

Los psicoanalistas recibimos a psicóticos que producen escritos que los convierten, aunque sea para ellos mismos, en escritores. ¿Escriben por motivos diferentes a los escritores? Inmediatamente podemos pensar que los psicóticos escriben para sí mismos. ¿Pero el escritor, aunque sea muy cualificado y reconocido, al escribir no lo hace siempre, en parte, para él mismo?

Casi desde sus inicios tanto escribir como leer han sido tareas muy sospechosas. Las personas que las practicaban fueron investidas de poderes especiales e incluso de un poder maléfico. Y también han participado de esta carga histórica negativa el lazo entre escritura y locura, locura y creación.

Leer

El que escribe lo hace solo y desde su soledad. Para él, el lector está

2 Marguerite Duras. “Escribir”



también presente si bien en ausencia. Freud dice en el Malestar de la Cultura que “la escritura es, originariamente, el lenguaje del ausente” con quien uno entra en relación. Y así, ¡qué gozada!, tenemos interlocutores de todos los tiempos. Podemos recorrer las obras escritas desde la Antigüedad hasta los autores más actuales. Sin embargo, es cierto que leer un libro no es lo mismo que hablar con el autor. El autor y la obra son distintos. ¿Cómo pudo este hombre o esta mujer emocionarme, hacerme sentir lo que sentí? Quizás haya que tomar a consideración a Paul Ricoeur, quien dice que *la relación “escribir-leer” no es un caso particular de la relación “hablar-responder”*³. Según él, la lectura de un texto no es una manera de interlocución ni de diálogo, si entendemos éste como un intercambio de preguntas y respuestas. Sin embargo, se puede decir que el escrito habla y el lector le puede plantear preguntas al texto.

Algunos aseveran que escriben por miedo, por ejemplo George Bataille: “Pienso que lo que me obliga a escribir es el miedo a volverme loco”.

Todos podemos reconocer que en nuestras vidas hay determinadas palabras que nos marcaron. Sin embargo, muchas veces las palabras de los autores son efímeras y fugaces mientras que su escritura aspira a ser eterna, estando permanentemente dispuesta a ponerse en pie cada vez, a recobrar “vida”. Porque la lectura, como el buen vino, resucita a los muertos. Y aunque el muerto viene a decirnos siempre lo mismo, los lectores vamos a ir interpretando a lo largo de siglos y desde las diferentes culturas aquello que dijo o que escribió. Al pasarlo por el tamiz de nuestro deseo, vamos a hacer con él otra versión para uso exclusivamente de nuestro gozo. Y ahí cabe preguntarse si leemos o si más bien somos leídos por el libro en tanto que hay libros que captan nuestra atención y no podemos dejar de leerlos con fruición pues parece que leen el deseo inconsciente habiendo otros que

³ Paul Ricoeur. *Historia y narrativa*. Ediciones Paidós. 1999. Pág. 61



incluso no podemos realizar su lectura justamente por comprometer el deseo. Se da la paradoja que aunque el escrito sea siempre único, al mismo tiempo deja de serlo, en tanto es leído de muy diversas formas. Es un mismo texto conteniendo virtualmente una multiplicidad de versiones. Incluso cabe decir que el lector crea el texto al hacer la lectura con su propio texto, lee un texto con otro texto. Espacio de conjunción y de diferencia, de reunión de ambos y de autonomía de cada cual, de manera que acentuando esa autonomía se llega, como



dice Pedro Charro, a que “*el lector lee un texto independiente a la voluntad del escritor*”⁴. De este modo, encontramos a escritor y lector, cada uno desde su lado, participando y gozando en el banquete y en el festín de las letras.

Lo escrito se dirige a un lector por venir. Si bien el escritor puede imaginar al lector para el que escribe, en el caso del psicótico sucede

⁴ Pedro Charro. *La presentación del libro “El leer en el habla”*.
Signos del tiempo. Año 2002



que no sabemos a qué interlocutor está dirigido y sin embargo, ¿no serían válidos sus escritos aunque fueran para un solo lector, él mismo? Ahora bien ¿el autor puede ser propiamente lector de sí mismo? Aunque así fuera ¿a qué responde tomarse tanto trabajo?

Quizá una de las dificultades mayores para intercambiar con un psicótico es que continuamente rehace su relación con los pactos simbólicos, su relación con los convenios pactados a los que todos nos sometemos. No solo cambia su vínculo a esa ley, sino que cambia la misma ley; la rehace y solo se somete a la suya. Es como si dijera: *“Esto lo dije ayer pero hoy digo esto otro”*. Entonces aparece como creador de la ley, como un dios que crea y dicta cómo son las cosas y ejerce de dios imponiendo esa ley. Esta ley y deseo que van unidos para todos, deja de ser así para el psicótico. De ahí que, a veces, su discurso es despótico e incluso tiránico diciendo de forma acerada que las palabras son las cosas. Para promover y promulgar esa ley que es un exceso, la cambia a su conveniencia necesitando incluso una nueva lengua.

Lo escrito se dirige a un lector por venir. Si bien el escritor puede imaginar al lector para el que escribe, en el caso del psicótico sucede que no sabemos a qué interlocutor está dirigido...

La aspiración de Schreber de crear una nueva lengua -“lengua fundamental” que viene del exterior y que las voces van enseñándole-, es una aspiración que ha estado presente en muchas épocas históricas. Si alguien diera con esa fórmula fundamental, universal, podemos suponer que no la cambiaría; como cuando alguien en la ciencia da con una fórmula fija y transmisible de algo, no la cambia. El psicótico tiene esa misma aspiración, es como si dijera: *“si la fórmula funciona, cuanto menos variantes introduzca mejor haré llegar el sentido*



unívoco de lo que digo". Es un hecho observable que el psicótico apenas cambia su delirio, en cierta forma es su ley o remedo de ley.

Hay cosas que no pueden decirse

En muchas situaciones decimos que hay cosas que no se pueden expresar con palabras, que se nos quedan cortas para comunicar estados afectivos o sentimientos complejos, paradójicos o contradictorios. María Zambrano dice sobre este tema: "*Hay cosas que no pueden decirse*" y es cierto. Pero esto que no puede decirse es lo que se tiene que escribir. Descubrir el secreto y comunicarlo, son los dos acicates que mueven al escritor.

Se puede decir, con Jacques Lacan, que el psicótico es escritor más que poeta. La poesía nos abre e introduce en un mundo diferente al del sentido común.

Se puede pensar que al psicótico le pasa lo mismo, que aquello de lo que no puede hablar es, justamente, de lo que escribe. Porque del escribir se obtienen unos claros beneficios de cierta organización de lo que está sucediendo, beneficios de aclararse a sí mismo sobre lo que uno está viviendo, de profundizar en sus pensamientos, de sacar fuera de sí los elementos que le angustian o los contenidos que le alteran y que, en el caso del psicótico, le producen un disturbio permanente. Escribiendo va a poner en orden su delirio y va a reafirmarlo y quizás, para conseguir todo ello, lo escribe no solo una vez sino varias veces. Este escribir y volver a escribir no tiene nada de particular. ¿Qué escritor no hace y aconseja que hay que escribir mucho, corregir más, tachar e incluso romper un texto para rehacerlo mejor, con una redacción más precisa para expresar de forma más matizada lo que se quiere decir? El propio escrito lleva a escribirlo de nuevo con más distancia, con más concisión, con más precisión. ¿No es eso lo que hace Schreber en el intento de dar sentido a su experiencia de goce fuera de sentido? Para Schreber se trata de escribir y escribir con la



aspiración no solo de comunicar algo subjetivo sino con la aspiración de que sus memorias sirvan nada menos que a la ciencia, al querer objetivar la relación única que ha tenido con la realidad divina.

Si nos preguntamos qué dicen los psicóticos en sus escritos, nos encontramos que escriben sobre lo que escriben los pensadores, los filósofos, los poetas y los psicoanalistas. Podemos hacer un pequeño inventario: el amor y el deseo, el padre, la muerte, el más allá de la muerte, la reproducción, la mujer, los celos, las pasiones, el cuerpo, la soledad, los otros, las distintas formas de maldad como la persecución, la injuria, el robo, la amenaza.

Se puede considerar que no se trata por lo tanto de gente “enferma” que por una u otra razón sufre de determinados déficits o que traten de sus problemas “personales” diciendo cosas incomprensibles para la mayoría, ¡no!, lo que muestran sus escritos es que están interesados y preocupados por las cuestiones de la condición humana que han generado interrogaciones que se repiten a lo largo de la historia, dificultades y problemas de los hombres que encuentran en ellos perspectivas, análisis o soluciones singulares. Otra cuestión, que no es menor, es si todos esos otros escritores nadan como pez en el agua en todos estos asuntos mientras que los psicóticos “se ahogan” en ellos, pues les ha llegado antes la respuesta sin tener tiempo tan siquiera de hacerse la pregunta. Preguntas que el neurótico puede armar al tener la significación fálica.

Se puede decir, con Jacques Lacan, que el psicótico es escritor más que poeta. La poesía nos abre e introduce en un mundo diferente al del sentido común. La poesía es la creación imaginariamente simbólica de un sujeto, que posibilita una nueva relación simbólica con el mundo. Nada de esto se encuentra en Schreber pues si bien a todas sus experiencias les va encontrando el sentido último de su propia transformación en una mujer por deseo de Dios, con la consecuencia de convertirse en la mismísima mujer de Dios.



Con todo, psicosis y poesía pueden verse coexistiendo, por ejemplo, en un poeta psicótico, que por un lado nos muestra en su obra poética la belleza de las metáforas y la evocación de imágenes que van a dar lugar a asociaciones inéditas, mientras que en el delirio, por ejemplo un delirio de persecución, puede ser monocorde, repetitivo y, por ello, aburrido. La coexistencia aludida abre la pregunta sobre creación y locura que abordaré más adelante.

Es a través de “lalengua” (neologismo de Lacan), lengua singular que cada sujeto ha aprehendido, por la que va adquiriendo sentido la realidad para cada uno, realidad que no puede ser entonces sino totalmente singular.

Si tomamos para orientarnos la vieja distribución del saber entre los conocimientos “de letras” o “de ciencias”, se podría considerar que los psicóticos son más proclives a escribir sobre los temas “de letras”. Ahora bien, ¿no tendrán los escritos de los psicóticos algún rasgo de los escritos de “los hombres de ciencias”?

Los escritos científicos son siempre leídos de la misma manera: si $a=a$, si b es idéntico a b , eso ocurre aquí y en Tokio. Lo idéntico no es interpretable, no da lugar a equívocos ni a deslizamientos de sentido, tampoco a cosas medio dichas ni mucho menos a chistes; es “así” y no cabe la posibilidad de que sea “asá”, si se me permite la expresión.

Es observable que una vez que el psicótico escribe su delirio no lo modifica y apenas lo cambia. ¿Tendrá que ver esto con el lenguaje matemático? Esta articulación la ha trabajado el psiquiatra y psicoanalista español Fernando Colina en su escrito *Locas letras* y a él me voy a referir⁵.



Sostiene Colina que *“la matemática que en definitiva no es más que un delirio verdadero, resulta el modelo más atrayente para el delirante y, por el mismo motivo, es lógicamente de un asalto matemático a su pensamiento de lo que el psicótico padece”*.

Lo ejemplifica una frase dicha por un paciente suyo: *“Todo comenzó cuando las palabras se volvieron exactas”*. Poner el origen de su locura en la exactitud de las palabras ¿qué querrá decir? Cuando más bien los psicóticos nos sorprenden hablando a veces con neologismos, siendo éstos una serie de términos que no existen en el diccionario y cuya significación se nos escapa al resto, es, al menos, llamativo. Y sin embargo es “lógico” lo que dice este psicótico. Pues, si para todas las palabras fueran exactas, serían unívocas, dirían siempre lo mismo, no habría malentendidos, cosas medio dichas, no habría ese querer decir una cosa y, al decirla, decir otra, no habría impurezas, equívocos ni chistes. Es a través de “lalengua” (neologismo de Lacan), lengua singular que cada sujeto ha aprehendido, por la que va adquiriendo sentido la realidad para cada uno, realidad que no puede ser, entonces, sino totalmente singular, por lo que es frecuente y totalmente necesario tener que preguntar *¿Qué quieres decir con lo que has dicho? ¿En qué sentido lo dices?* Si se pierde esta capacidad que tienen los significantes de remitir a más de una significación, se dejarán de producir las diversas significaciones que aparecen en su combinatoria, dando como resultado que las palabras serían univocas, siempre con la misma significación, “exactas”.

Por eso el psicótico, dice Colina, se encuentra en una batalla en que *“tiene que defenderse del abrazo algebraico de su pensamiento, que le estrecha hasta asfixiarle, aunque solo puede hacerlo con el delirio, que es el pensamiento más matemático y alusivo que conocemos. Contradicción que, en cierto modo, le inclina hacia la expresión escrita, que siempre cuenta con un esbozo de literatura donde el rigor y la metáfora conviven para salvación de los mortales”*.





De ahí que se pueda suponer que encuentra alivio cuando “*se exilia en su cárcel de papel, en una prisión textual formada por los barrotes del texto que escribe y por las rejas de su estricta literalidad. En esa doble textualidad explorará el equilibrio que la locura le promete pero que a la vez le ha sustraído*”.

Tenemos o la dictadura del sentido común que nos lleva a convivir o adormecernos con los otros o la tiranía del sentido delirante que llevaría a la libertad del vivir desamarrado del Otro y de los otros...

El escrito, entonces, tiene una función singular por cuanto le sirve a él, pero le sirve, además, por ese carácter de “nueva lengua” cuya vocación, eso sí, será de universalidad, y una vez encontrada bastará con que sea publicada, que se pronuncie y escriba una sola vez, sin modificaciones ni variaciones.

Recuerdo una extensa carta de un psicótico en la que, con el estilo de la lógica-deductiva, argumentaba sobre la existencia de Dios, conclu-



yendo así: *“Esto es lo que te quería decir pues nuestra demostración no es más que Matemática pura; ha habido suerte de dar con ello”*. Aspiración a que la existencia de Dios se pueda probar matemáticamente, que sirva para todos y, debido a su trascendencia, necesidad de darlo a conocer a todos comenzando por las instancias religiosas más altas. Pero ¿no es relativamente habitual entre los descubrimientos científicos que investigando una determinada cuestión se encuentre, por azar, otra bien distinta a la propia investigación, con la consiguiente necesidad de publicar esos hallazgos? Es cierto que para el creyente no es necesaria la demostración de la existencia de Dios, pues Dios existe si se tiene fe, la verdad de la religión es la fe.

Locura y creación

En innumerables ocasiones se ha trabajado esta articulación entre la escritura y la locura como parte de una más general entre la creación y la locura, la genialidad y la locura.

Es interesante la constatación de que en la etimología de la palabra escritor existen dos aspectos a resaltar: por una parte, en latín *scriptor* significa digno de fe, de ahí que a lo escrito le concedemos de entrada una mayor fiabilidad y, por otra, el verbo escribir deriva del verbo hebreo *skribh* que significa cortar, cribar, es decir crear aludiendo a que la palabra crea. Abram sella su alianza con Dios cortando su nombre con una h, letra del aliento, y se crea ¡Abraham!

Partamos del sentido común. Podemos convenir que no podríamos vivir con los otros si no tuviésemos un acuerdo sobre el sentido que damos a nuestras palabras y a nuestros actos. Es así de sencillo, hablamos y parece que nos entendemos al sostener una serie de convenciones comunes.

Tenemos, entonces, o la dictadura del sentido común que nos lleva a convivir o adormecernos con los otros o la tiranía del sentido deli-



rante que llevaría a la libertad del vivir desamarrado del Otro y de los otros (por ello decía Lacan “La libertad es la locura”). En ninguna de las dos maneras -sentido común o sentido delirante- encontramos el vacío creador, vacío generador de nuevas palabras, de nuevos sentidos liberadores. Hay en el delirio una construcción para no caer en el vacío del fuera de sentido; hay reconstrucción pero escasamente metáforas o metonimias con las que hablando de unas cosas nos servimos para hablar de otras.

Alrededor de ese vacío -ante un llamado que el sujeto no puede responder- alrededor de ese agujero, aparece una proliferación imaginaria como un intento de sostenerse en las relaciones con los otros. Pues la función del delirio es la de dar respuesta a lo que se encuentra en lo real, una respuesta discursiva de la que el sujeto se vale para explicarse la captura a la que el Otro gozador le somete a la fuerza. Dicho de otra manera, ante ese vacío se produce un trabajo psíquico para remedarlo por medio de producciones múltiples. Por eso el empuje-a-la-creación resulta inherente a la estructura psicótica. Otra cosa diferente es que esas creaciones sean modestas o geniales. Sin embargo, aún en el caso de que sean modestas, el resultado en cuanto a la identificación social del psicótico puede ser muy importante, pensemos por ejemplo en la consideración social que puede tener en un medio rural donde es muy distinto ser tomado como “el loco del pueblo” o “el pintor del pueblo un poco raro”. Ya lo creo que hay diferencia...

Es interesante, asimismo, la constatación de que Jacques Lacan retoma muy tempranamente el interés de Freud por la paranoia y por los escritos de los paranoicos. En sus primeros años como psiquiatra trabaja ya la cuestión de la locura y la creación; la trabaja tanto en textos anteriores como en los inmediatamente posteriores a su tesis doctoral que tituló: “*De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*”, también conocido como caso Aimée.



En un trabajo previo a la tesis, titulado: “*Ecrits «inspirés»: Schizographie*”, escritos junto con otros, hacen referencia, a propósito de un caso, al Manifiesto surrealista de Breton (1924) y a la “*Inmaculada concepción*” de Breton y Eluard (1930). Un punto subrayado es el ritmo y el valor poético de ciertos pasajes. Con todo, todavía se insiste en la concepción de déficit de las alteraciones y en que el automatismo mental suple al déficit.

El caso Aimée va a ser un punto de viraje en la manera de pensar la psicosis paranoica, puesto que el énfasis está puesto en la producción de algo nuevo. Y es debido a un hallazgo...

El caso Aimée va a ser un punto de viraje en la manera de pensar la psicosis paranoica, puesto que el énfasis está puesto en la producción de algo nuevo. Y es debido a un hallazgo. Al trabajar el caso, Lacan encuentra que Aimée había escrito dos novelas que le van a servir para un análisis no solamente desde el punto de vista clínico sino también, desde el punto de vista literario.

Lo primero que señala es que las dos novelas son escritas en pleno periodo de delirio, que cursó en un breve espacio de tiempo, y que una vez que ese tiempo de delirio concluye de forma abrupta, Aimée ya no vuelve a escribir. Por eso los denomina como “momentos fértiles” del delirio. Es decir, el trabajo psíquico alrededor del goce invasor produce no solo las formaciones delirantes sino también, en este caso, producciones literarias que va a valorar no solo él sino muchos escritores como Fargue, Crevel y el poeta Paul Eluard.

Lacan resalta un rasgo común en las dos novelas: presentan “*una notable unidad de tono y en las dos hay un ritmo interior sostenido, que garantiza su unidad de estructura*”. Va a decir que en la primera



hay imágenes de verdadero valor poético; si a Lacan le han atraído poderosamente la atención es porque ambos escritos se alejan de la estereotipia del pensamiento sobre la que habían escrito en “*Ecrits «inspirés»: Schizographie*”. Encuentra que ambas novelas “*están hechas de una sucesión de frases breves que se encadenan con un ritmo que impresiona desde el principio por su naturalidad y tono elocuente*”.

En la segunda novela están también ausentes las anomalías habituales de los escritos de los paranoicos y hay un “cierto rebuscamiento preciosista en la elección de las palabras.” Aimée se había presentado a sí misma como una “enamorada de las palabras”.

Tenemos entonces que locura y escritura forman una pareja fructífera. El empuje a la creación hace que el psicótico cree obras de mayor o menor relieve.

Tenemos aquí planteada la cuestión de que el psicótico tiene, como cualquier escritor, momentos creativos en los que desarrolla su obra, y otros en los que parece que la creación está ausente o casi ausente. ¿No hablan muchos escritores que tienen momentos, cuando han terminado una novela por ejemplo, en los que piensan que no tienen nada más que decir durante un tiempo, a veces años, hasta que de nuevo su capacidad imaginativa crea nuevas tramas? ahora bien, lo sorprendente en el caso que Lacan plantea, es que ese momento de creación literaria -que lleva a una producción que no está afectada por el proceso mórbido- se produce simultáneamente al delirio. Aimée escribe bien en ese momento, se puede decir que escribe como una escritora con recursos literarios de importancia y, a la vez, está presa de los delirios de persecución. Y, además, toda esa capacidad creativa termina súbitamente al recobrar la salud.

En estos artículos Lacan deja claro que el paranoico tiene esa capa-



cidad creativa y que no solo le sirve a él sino que por ese “*margen de comunicabilidad*” puede llegar a otros como es el caso de los artistas de cualquier género que logran, a través de la obra, no solo una “*auto-comunicación*” sino la participación de otros en eso que él comunica, consistiendo justamente su éxito en la participación colectiva de eso que comunica.

Es un hecho el orden del empuje a la creación o a la construcción como reacción a la relación abrupta con el significante, como lo muestra la entrada a la psicosis. Tenemos entonces que locura y escritura forman una pareja fructífera. El empuje a la creación hace que el psicótico cree obras de mayor o menor relieve.

Tendríamos, pues, dos tipos de resultados en el psicótico: las estereotipias y las creaciones. Las dos se oponen y están en funcionamiento simultáneamente. Desde el punto de vista creativo, la locura estimula la creación, le da forma diversas formas y bien sabemos que su obra puede ser modesta o genial.

Tendríamos, pues, dos tipos de resultados en el psicótico: las estereotipias y las creaciones. Las dos se oponen y están en funcionamiento simultáneamente.

Podemos pasar a preguntarnos ahora, ¿cómo se produce la obra artística?

Sabemos por Freud que la sublimación es un destino de la pulsión por medio de la cual el artista crea nuevas formas imaginarias que encuentran una valoración social, siendo la sublimación fuente de aptitudes artísticas o de importantes realizaciones culturales e intelectuales. Pero no todo puede ser sublimado, como tampoco es lograda una satisfacción total con la obra de arte. Lo que se consigue con la obra creada nunca va a ser “eso” que se busca, será solo una representación de la “Cosa” buscada y siempre va a quedar un resto que no



va a satisfacerse pero que permanecerá como acicate, como impulso para una nueva creación.

El artista hace con el vacío, no es lo importante la técnica, ni el aprendizaje, sino el saber hacer; y esto es lo que el psicoanálisis aprende del arte: que hay un saber hacer con el vacío.

Lacan dice que ese resto, ese vacío que se promueve al tiempo que se crea, tiene que ver con la sublimación. Y nos muestra cómo el arte, la religión y la ciencia tienen diferentes maneras de hacer con ese vacío.

El arte es un cierto modo de organización de ese vacío. El artista hace con el vacío, no es lo importante la técnica, ni el aprendizaje, sino el saber hacer; y esto es lo que el psicoanálisis aprende del arte: que hay un saber hacer con el vacío.

Este no es el caso del delirio en el que hay una imposición de sentido ni se trata de la creación de una formación que se pueda compartir con otros, aunque, paradójicamente, ésa sea su finalidad, pues trata con él de rehacer ese vínculo con el Otro; en el caso de la creación de nuevas palabras -los neologismos de los psicóticos- tampoco se trata de significaciones que podamos compartir con él, pues solo le sirven al psicótico, solo él es el amo de ese sentido. En efecto, son muy diferentes de los significantes nuevos inventados por Lacan, por ejemplo, a través de la homofonía, en su “moterialismo”, donde sustituye una a por una o, -de materialismo pasa a moterialismo- (que condensa materialismo con mot -palabra-) y que sirve para especificar que no es otro que el materialismo de las palabras, materialismo donde reside el asidero del inconsciente.

A pesar de todo, hemos de reconocer que el psicótico a menudo nos deslumbra con sus agudezas, con su manera rápida de dar con la



cuestión precisa que se juega en una determinada realidad personal, grupal o colectiva. Hay ahí una creación rápida, efímera, que nos deja atónitos al iluminar desde otro ángulo aquello que estaba velado para el sentido común. ¿De dónde sale esta agudeza, incluso esta genialidad? Serge Leclair, en el artículo “En busca de los principios de una psicoterapia de la psicosis” plantea que quizás aparezca debido al esfuerzo de “volver a encontrar en otra parte la simbolicidad fundamental que ha perdido. Esta surge de la manera más inesperada y desordenada en cualquier punto de su mundo”. Ahí el loco se nos muestra como genuinamente creador y si ese loco es un artista, puede su locura hacer surgir lo que otros artistas quizás no puedan alcanzar de ninguna de las maneras. Todos tenemos en la memoria a alguno de los locos geniales como Van Gogh. ¿Ahí, en su capacidad artística, en su saber hacer está en juego otro destino de la pulsión que la sublimación? ¿Cómo coexisten la reconstrucción que supone un delirio con el vacío creador? Son preguntas que insisten.



Parte 2

La escritura hablante

Freud descubre el carácter de escritura que tiene el inconsciente. Señala que en los sueños, en los síntomas, en el amor, existe, inequívocamente, una escritura. ¿Se trata entonces de una especie de viejo libro en el que ya todo está escrito y que no habría más que leerlo desde una posición adecuada? Taxativamente no, esa escritura no es previa y, sobre todo, no se puede leer por uno mismo, pues solo existe esa escritura si es leída por otro desde un discurso, desde el discurso analítico.

Se trata de otra escritura que la escritura alfabética. Diferente también al tono de la narración por más que éste sea, en ocasiones, lo más importante; muchas veces tomamos este tono como el causante, por ejemplo, del dolor: “no es lo que me dijiste sino el tono con que me lo dijiste”. Se trata, en efecto, de otra escritura, una escritura que implica al cuerpo. ¿Qué quiere decir esta expresión? Quiere decir que se trata de una *“escritura que es la de los objetos de la pulsión que se escriben y se captan solo como letra... El cuerpo, que es tomado por la pulsión en su empuje, solo muestra algo... La pulsión sólo se presenta, se muestra y se elucida como escritura”*, señala José L. Slimobich.¹

La pulsión es lo propio de lo humano; está relacionada con el lenguaje, con el Otro y con la búsqueda del objeto perdido (objeto de deseo); ese objeto perdido (mítico) será el motor inconsciente que pone en marcha al sujeto. El objeto del deseo es entonces, un objeto perdido que el sujeto buscará eternamente reencontrar.

¹ Lacan: *el paradigma del leer*. Ediciones Sider. 2008. Pág. 25.



En la narración que hace el analizante se trata de ubicar el sujeto del inconsciente y el objeto con el que está comprometido, objeto de la pulsión. Esos objetos de la pulsión muestran el camino por donde el sujeto transcurre en su modo de gozar.

El objeto de la pulsión es mediante el cual la pulsión alcanza su meta, es decir, su satisfacción parcial; su objeto es variable, cualquiera que procure satisfacción. Es decir que el ser humano va a mostrar sus modos de satisfacerse, siempre parcialmente, tomándose a sí mismo como objeto o tomando al otro como objeto o como parte de uno mismo. Se abre así un campo de más allá del principio del placer que lleva al exceso y desmesura de las relaciones humanas. Por eso, aparecen significantes nuevos, desconocidos en el orden natural, como voracidad, maldad, sadismo, y muchos otros propios del campo de lo humano.

“La pulsión sólo se presenta, se muestra y se elucida como escritura”, señala José L. Slimobich

Las pulsiones provocan un estado de tensión que se manifiesta por un displacer que va a buscar satisfacción en un objeto; en la satisfacción pulsional hay una búsqueda de la recuperación de ese objeto de deseo perdido pero la pulsión en sí no se satisface totalmente, sino en su recorrido. Esa es satisfacción propia del sujeto. La pulsión funciona como un circuito que bordea el objeto pero vuelve siempre a su fuente, por eso es constante.

La pulsión y el deseo son los motores que llevan al sujeto a no cesar de buscar esos objetos (objeto perdido en Freud, objeto letra a en Lacan, objeto que nunca estuvo). Objetos de la pulsión que se escriben y se captan solo como letras. De aquí deviene esta escritura.

Cuando hablamos, en lo que decimos, hay una escritura, si se la lee.



Así lo enuncia el paradigma del leer brindado por José L. Slimobich: “*Hay una escritura en la palabra sólo si hay lector*”. Para sostener esta afirmación se necesita el término discurso, tal como lo entiende el psicoanálisis; si hablamos de discurso, ¿no estamos ya en el registro del escrito-de las pequeñas letras- y no solo en el de la palabra? Más bien, dichas palabras- son causadas, ordenadas en un discurso.

Hay un límite al simbólico-imaginario que es lo real. Lo real como imposible de ser dicho. Lo imposible de ser dicho puede ser escrito y esa escritura puede leerse. De lo que no se puede hablar, se escribe.

Lacan es el que logifica esta operación de la letra en el discurso. La letra **a** se desdobra en letra del alfabeto y objeto que juega, en tanto letra, en cada discurso. Es lo real, real como imposible pero, a la vez, posible de ser escrito. “*Esto que se presenta, el desdoblamiento de la letra en objeto y letra es imposible. Y por ello, su sola posibilidad es mostrar su escritura*”.²

La escritura es la huella en donde se lee un efecto del lenguaje, dice Lacan. ¿Qué tipo de escritura es ésta? Proviene del mismo Freud, quien dice con rotundidad que el inconsciente escribe siendo posible su lectura

La escritura es la huella en donde se lee un efecto del lenguaje, dice Lacan. ¿Qué tipo de escritura es ésta? ¿De dónde viene, cuáles son sus antecedentes? Proviene, como vengo diciendo, del mismo Freud, quien dice con rotundidad que el inconsciente escribe siendo posible su lectura. Entonces, si tomamos lo que dice el analizante como un texto, es en el desgarramiento de ese texto -porque se ha ausentado el sentido- que aparece otro texto, un nuevo texto, una escritura que se

² José L. Slimobich en *El paradigma del leer*. Ediciones Sider 2008. Pág.27.



puede mostrar. A la mostración -no demostración- de esa escritura le llamamos lectura.

En el libro *“Psicoanálisis: los nuevos signos”*³ proponíamos que ese leer es una ocasión que se presenta como una discontinuidad y de modo irreflexivo, incluso ligado a lo que se puede considerar como intuitivo y que, aunque se aleje del sentido común, no debe ser tratado como esotérico. Allí hacíamos este señalamiento:

“En cierto modo la psicosis nos lo ejemplifica...En la psicosis se presenta como una exterioridad masiva, que tiene que ver con una lógica discursiva (sino, fijémonos en cómo Freud descubre su propia teoría en el delirio de Schreber) pero sin mediación individual, casi como si él, Schreber, no existiera, salvo como médium. Esta es la estructura de la lectura, de lo que llamamos “lectura” en su radicalidad. La lectura nos acerca, nos aproxima a la psicosis en ese sentido, a cierta claridad de develamiento de una verdad no reconocida que tiene que ver con lo real...”

Ese lugar de exterioridad, que aparece en Schreber, nos hace pensar que el psicoanálisis, una vez más, puede aprender de la psicosis. ¿Qué tiene que ver esa lectura de un trozo de real con la certeza del psicótico?

Quizá se puede arriesgar que, a la certeza del psicótico, que viene de la significación única e inamovible, se pueda oponer la “certeza” del analista en su lectura que, lógicamente, es de una cualidad diferente. Si la certeza del psicótico es porque apuesta a que él certeramente logra captar la relación del sujeto con el objeto a, *“apela a una fe sin razón, no necesita corroborarse ni pasar por el Otro”*,⁴ la certeza de la lectura del analista viene, por el contrario, del vacío del referente,

³ Jose Luis Jurea y Pedro Muerza. *“Psicoanálisis: los nuevos signos”*. Editorial Atuel. 2009. Pág. 34.

⁴ J. Slimobich en *“Lacan: el paradigma del leer”*. Pág. 71. Edit. Sider 2008.



de la letra que aparece al lado del texto cuando su visión no queda enganchada a la imagen. Es certero lo que proviene del vacío, es por sustracción de sentido, no por adición. Vacío que hay que entender no como sustancia sino utilizarlo conceptualmente como el elemento que descompleta sistemáticamente el todo, además de tener en cuenta el carácter creador, generador del vacío.

Decíamos en “Psicoanálisis: los nuevos signos”:

“¿Qué ha hablado ahí cuando se lee? Al introducir en un discurso al sujeto, se introduce el vacío, “el blanco” por el cual la escritura se va a perfilar, el lugar donde la escritura va a aparecer.”

Quizá se puede añadir que el psicótico está sujeto a una certeza sin poder rechazarla, certeza sobre la que el delirio cimienta su sentido unívoco. A diferencia del analizante que puede rechazar la propuesta de esa lectura, aunque la certeza que acepta el sujeto va al lugar de la verdad, verdad hermanada con el goce: “eso es verdad para mí”. Goce que se quiere poner en orden, que se quiere atemperar por el delirio en el caso del psicótico y goce parcial en la verdad subjetiva: “me reconozco en eso que no estaba antes hasta que no se me dijo”. Lo más propio me viene de fuera.

Decíamos en “Psicoanálisis: los nuevos signos”:

“¿Qué ha hablado ahí cuando se lee? Al introducir en un discurso al sujeto, se introduce el vacío, “el blanco” por el cual la escritura se va a perfilar, el lugar donde la escritura va a aparecer.”

Se puede decir que la lectura es la objetivación del sujeto, de ahí su “rigor”, no ya matemático sino de verdad -“esto es verdad para mí”-, verdad no-toda que, por lo que se ha dicho, aparece alejada del campo de sentido, más próxima a la invención de un nombre nuevo (a



la manera de una creación poética que repercute en el cuerpo). Que sea un nombre nuevo nada tiene que ver con el neologismo del psicótico cuya significación él solo conoce y con el que no progresa en el habitar la lengua, pues no la equivoca. A diferencia del neologismo, hablamos de un significante nuevo que relanza el discurso del sujeto, le viene con él la potencialidad de seguir habitando el lenguaje.



Ahí el psicoanálisis ya no se muestra intérprete de un texto a descifrar sino como genuinamente creador. Otra cuestión es que esa creación no se la puede atribuir el mismo analista puesto que no es suya y es por eso que a esa “obra nueva” no se la puede apropiar, no le podría poner su firma como hace el autor. Ese elemento que es exterior, proviene del lenguaje. Y el analizante, al reconocerlo, lo hace suyo.

Pero en verdad, no siendo ni de uno ni de otro- pues ambos son sorprendidos-, podemos concluir que es creación del lenguaje, don peculiar que el lenguaje porta para el sujeto y que la lectura ha hecho posible por el deseo del analista.

Delirio, poesía y psicoanálisis

La finalidad de la construcción del delirio es no quedar en el fuera-de-sentido; en el delirio hay reconstrucción pero escasamente metáforas o metonimias con las que hablando de unas cosas nos servimos para hablar de otras. Quizás el escribir, además de hacerle más



fiable, le permite al psicótico un mínimo despliegue creativo metafórico-metonímico con el consiguiente alivio de “*la cárcel de la certeza*”, expresión a la que ya aludí anteriormente.

La metáfora nos interesa a los analistas por esta significación nueva que aparece y porque junto con la metonimia son los dos mecanismos de los que se sirve el inconsciente para sus formaciones

Y decía en otro momento que, en relación a la lectura, se producía la aparición de una verdad no-toda, alejada del campo del sentido, más próxima a la invención de un nombre nuevo. Lo que el analista causa es una violencia sobre el sentido, “es” un desgarrador del texto y justo en ese desgarrar, al ausentarse el sentido, hace posible la aparición de un nuevo texto, de un fragmento nuevo.

Lo que en el texto del analizante aparece entre-prestándose en el equívoco es un efecto de escritura. En el momento en el que el analista dice un significante nuevo produce un agujero en la palabra, se ausenta el sentido, vacío que da lugar al surgimiento de algo nuevo, de un plus que antes no estaba. Esta operación tiene que ver con el deseo del analista que, en definitiva, es el deseo que vacía. El deseo del analista es el deseo del vacío del nombre: el nombre está puesto y tiene que caer para que el sujeto recree su relación con el lugar vacío del nombre, es inscribir algo en el sitio vacío del nombre, es la contemplación de algo que emerge en la función creadora de la palabra. “*El sitio vacío del nombre es el sitio donde surge el arte, donde surge la belleza, donde surge la verdad*” sostiene José L. Slimobich.

Por eso, esta operación de lectura está cercana a la creación poética. Lo propio de la poesía es el uso de la metáfora que “*desvía una palabra o una expresión de su sentido propio*”; ese mismo uso lo



encontramos también en el chiste que consiste en servirse de una palabra para otro uso que aquél para el cual está hecha. El estilo poético comienza con la metáfora y si no hay metáforas no hay poesía. ¿Qué es una metáfora? La metáfora consiste en la sustitución de un significante por otro que produce una nueva significación, una significación inesperada.

La metáfora nos interesa a los analistas por esta significación nueva que aparece y porque junto con la metonimia son los dos mecanismos de los que se sirve el inconsciente para sus formaciones, para decir lo que no se puede decir y para sortear la censura del propio devenir del deseo. *“El deseo queda preso en el carril de la continuidad metonímica”* (Jacques Lacan). Para Lacan lo que se desliza por debajo de la barra es el deseo inconsciente que no tiene significante donde inscribirse, que no encuentra su objeto de satisfacción, por lo que se desliza hasta que, por una sustitución metafórica, puede encontrar “algo” de significación.

Lacan va a decir que si la lengua es el fruto de una maduración que se cristaliza en su uso, *“la poesía resulta de una violencia hecha a este uso. La poesía es lo imaginariamente simbólico”*. La poesía es interesante porque al ser imaginariamente simbólica por un lado transmite sentido pero también tiene efecto de ruptura del sentido, puesto que el símbolo hace agujero en la cosa, ausenta la cosa. Así dice Lacan que la poesía *“es efecto de sentido pero también efecto de agujero”*.⁵

La operación que realiza el poeta es hacer aparecer nuevos significantes que tienen poder de resonancia en el cuerpo, en la tonalidad que lo evoca, al equivocar el sentido.

Ahora bien, la poesía, además de lo dicho, plantea una operación importante: no solo es un significante nuevo el que adviene sino que

⁵ L'insu, texto traducido por la Escuela Freudiana de Buenos Aires, pág. 79.



se produce un nombre, un significante en más, un nombre que habla de una cosa que habla, el nombre de una cosa que habla. Por ejemplo “hoja” puede ser la hoja de un árbol pero también la hoja en blanco del escritor, la hoja de ruta, la hoja en la que se va inscribiendo nuestra vida, etcétera.

Lacan en el *L'insú* se queja de que no es lo bastante poeta, poête-assez, produciendo un equívoco entre poeta, poetucho, poeta desmedido

Es un nombre que habla de una “cosa” que habla. *“Esta capacidad de dar nombre es lo que verdaderamente interesa al psicoanálisis al permitir que el sujeto salga de una posición fijada, clavada en el ser de las cosas. Ese vacío del nombre, ese lugar vacío que es el plus no habla de forma directa sino que juega con la equivocación.”*⁶ Lacan va a decir que es en el equívoco donde se ubica el campo de la verdad, es decir una verdad que habla cuando se dice una palabra por otra, en una equivocación, en un lapsus, no es que el yo se ha confundido sino que es verdad, el equívoco es la verdad.

Por eso Lacan en *el L'insú* se queja de que no es lo bastante poeta, poête-assez, produciendo un equívoco entre poeta, poetucho, poeta desmedido. Lo cual hace pensar en que, más que en una cuestión de belleza, pone el énfasis en aquello de lo que nada queremos saber. Hay dos caminos, el de la belleza –los analistas no tenemos nada bello que decir- y el que transita en la aparición de un significante nuevo.

La operación de lectura nos permite acercarnos a lo poético que, sin tener sentido, hace resonar en el cuerpo. Gracias a esta capacidad de dar nombre, el psicoanálisis se relaciona, no con las cosas ya existentes sino con el inmundo, con lo que todavía no tiene nombre. *“Quizás el psicoanálisis, al obrar así, hace que la lengua se recombine audazmente.”* José L. Slimobich.

6 J. L. Slimobich. *Seminario de Pamplona*. 2011.



En este sentido Lacan plantea, en el seminario RSI⁷, que “*el efecto de sentido exigible del discurso analítico no es imaginario. Tampoco es simbólico. Es preciso que sea real*” Si el efecto de sentido se ubica en la unión de lo simbólico con lo imaginario, lo real aparece en una relación de exterioridad. Se especifica así que la función del analista no está al servicio de producir un efecto de fascinación ni de sentido, sino que su función es aislar un real en juego, un pedazo de real.

La función del discurso analítico es hacer emerger un significante amo, S₁, índice del semblante del goce del sujeto, es decir que des-enmascare el modo de goce del objeto. El S₂, saber, queda como un resto colocado en el lugar de la verdad, saber como lugar que ha de estar separado del índice amo.

El significante amo cambia de orientación, no va destinado a seguir pensando a nivel del saber sino que está destinado a develar la condición de la relación con el goce, con el objeto en juego del goce.

Lacan propone la jaculación como la que mantiene un sentido aislable, desenganchado de la cadena significativa. ¿Qué quiere decir un sentido aislable? Por ejemplo, el analizante de pronto, pues es algo sorpresivo, dice algo de paso que no tiene nada que ver con lo que él viene hablando, dice, por ejemplo, una frase traída de otro lado, que devela cierta condición de goce. Así pues la jaculación se sitúa por fuera del sentido pathemático, pasional de lo que el analizante viene contando de su historia, de su padre, de su pareja, etcétera. Por tanto, no tiene nada que ver con el juego del significante sino que resulta ser una frase enigmática, separada del resto aunque, a la vez, puede ser que tenga el mayor de los sentidos comunes, en definitiva, es una frase como aparte. Dice “*sentido aislable*” en tanto no hay concatenación en la cadena significativa aunque el analizante lo reconozca. Eso es lo que designa el índice que apunta al goce.

⁷ Seminario RSI, inédito. Clase del 11 de Febrero de 1975.



Parte 3

Es como una doble vía, por el lado del significante vamos al sujeto y al saber, por el lado del efecto de sentido real, desde el índice, vamos al objeto. Esta jaculación es lo más ajeno a la cadena significante, lo que cae por fuera de lo que el sujeto ordena, de lo que cree que dice; ahí en ese lugar por fuera, ahí está más en su ser que nunca y por eso el efecto de sentido real es el decir del ser.

El semblante de dialogo que supone la sesión analítica es para permitir un acto, el acto de decir. En ese semblante de diálogo se dialoga en un segundo registro, semblante de dialogo para que se produzca un efecto de verdad, ese efecto de sentido real. Y el efecto de sentido real nos muestra el lugar éxtimo que el sujeto tiene.

Se puede hacer una pequeña serie:

- Sentido común, establecido.

Es el que se ubica en la intersección entre lo simbólico y lo imaginario. Es un discurso que gira sobre sí mismo. Quedaría definido por el anillo olímpico, se corta uno y los otros siguen anudados. Todo tiene sentido, el discurso corriente es una especie de discurso unívoco que reproduce un cierto bienestar de placer, eso es el principio del placer. Hago el síntoma como el síntoma social unívoco, “soy como los otros”

- Poesía. Lo imaginariamente simbólico.

Transmite sentido pero también tiene efecto de agujero, de ruptura de sentido.

- Delirio: lo fuera-de- sentido.

Aparición de lo real con la reconstrucción de lo imaginario, real-imaginario.





- Psicoanálisis: el sentido que debe ser exigible al discurso analítico es el sentido real. Y ahí decimos que la operación de lectura tiene que encontrar un sentido real.

Schreber

Con él, a partir de la lectura que hace Freud de sus *Memorias*⁸, podemos aprender de la estructura paranoica. En este documento podemos apreciar de primera mano cómo y cuándo se desencadena la psicosis, y ese momento fechado del desencadenamiento de una psicosis adquiere una máxima importancia para la clínica.

Schreber escribe que una mañana temprano, entre el dormir y el despertar, tuvo la representación de que “*tenía que ser muy grato ser una mujer que es sometida al coito.*” ¿Qué se puede pensar de esta representación?

Si el presidente Schreber hubiera sido un neurótico, ante esta representación le hubiese surgido alguna pregunta: ¿Qué querrá decir este

⁸ Schreber Daniel Paul. “*Memorias de un enfermo nervioso*”



pensamiento? ¿No seré suficiente hombre? ¿Será que envidio a las mujeres? ¿Qué querrá decir que me piense como objeto del deseo sexual de un partenaire masculino?, es decir, preguntas, dudas, cuestiones acerca de su “identidad sexual”. Pero no le sucede nada de esto. Se trata de la irrupción de un goce inexplicable, goce que causa en el sujeto perplejidad y lo sume en una total confusión. Lacan viene en nuestra ayuda; él considera que la frase “*Debe ser muy grato ser una mujer que es sometida al coito*” es un significante, toda esa frase es un significante y no sabemos a qué significación remite. La respuesta que va a encontrar el propio Schreber varios años más tarde -y que se le hace más claro cuando escribe sus *Memorias*- va en el sentido de ser la esposa de Dios. Pero este momento de desencadenamiento queda como significante y no remite inmediatamente para el sujeto a una significación, lo sume, como he dicho antes, en una gran perplejidad angustiada. El Otro aparece aquí como el lugar desde donde le viene al sujeto algo aplastante, un goce que le amenaza, invasivo, le quiere hacer saber algo, es como si dijera “me está mandando mensajes, quiere hacerme saber algo que yo no puedo entender”.

La perplejidad ocurre cuando el sujeto no puede acudir al significante para elaborar un pensamiento que valga como respuesta. Es decir, irrumpe un significante que remite a un real, a un fuera de sentido

La perplejidad ocurre cuando el sujeto no puede acudir al significante para elaborar un pensamiento que valga como respuesta. Es decir, irrumpe un significante que no remite a otro significante, que remite a un real, a un fuera de sentido. Lo que irrumpe no se puede borrar, no se puede relativizar, no se puede dudar de ello, solo puede experimentarse su efecto de desgarramiento irreversible, es algo incurable (me refiero a esa experiencia de goce) y a partir de ahí, de ese vacío de significación, de esa experiencia de agujero que se abre en el mundo (donde antes habitaba el sentido), de esa suspensión de la significa-



ción parte la creación o el trabajo de reconstrucción. ¿Cómo? Con el delirio. Por lo tanto, el delirio no es el inconsciente sino una construcción a partir de eso real. En otras palabras, el psicótico se encuentra con ese fenómeno de goce que le inunda y ante esa invasión de goce intenta darle un nuevo armazón con una profusión de las imágenes, con ideas en el registro imaginario; trata de enmarcarlo con el delirio, con su propio pensamiento acerca de esa experiencia de goce que le ha sobrepasado. Esa experiencia real, de fuera de sentido, está en la base, y conlleva una certeza que constituye el punto de partida del delirio.

Esta explicación que parte ya de Freud -quien sostuvo que el delirio es una reconstrucción, un intento de auto curación- junto con la idea de que el sujeto esta concernido en esa experiencia, aleja la idea extendida, tanto para el sentido común como para la psiquiatría, de que el psicótico no tiene criterio de realidad. Más bien lo que ocurre es que el sujeto está concernido, tiene la certeza de que eso le concierne de alguna manera y, posteriormente, va a tratar de encontrar una significación propia a esa experiencia a través del delirio, es decir delira para encontrar un sentido. Eso que no cesa de hacerse presente trata, por el delirio, de alojarlo en lo imaginario. En el delirio se trata de un real que es alojado en lo imaginario. Real-imaginario pues lo simbólico esta, como señaló Lacan, forcluído, rechazado.

La presencia del goce, de lo real que le retorna, le da una certeza. Para el psicótico no hay saber supuesto, por tanto no hay saber a producir. De hecho si el psicótico pudiera albergar creencias se liberaría de “la cárcel de la certeza”, comenzaría a dudar, comprobaría lo que se le ocurre, dejaría una creencia para afirmarse en otra, o sea, le pasaría lo que a cualquier otro, pues quien cree o dice creer se esfuerza en convencer y convencerse. Se puede entender la creencia del neurótico como la muestra de la duda y la indeterminación sobre el Otro, hecho que pone de manifiesto la propia división subjetiva. A pesar de su increencia en la división del sujeto y en el inconsciente, puesto



que el Otro para él es completo y se le impone, se puede decir que el psicótico es muy crédulo, porque al hacerle todo signo llega a creer en cosas increíbles.

Suplencia. Joyce-el-síntoma

No hay duda que lo más fácil y sencillo es conocer y reconocer lo que el psicótico nos enseña de forma diáfana sobre sus propios modos de atemperación del goce, pues algunas de las construcciones significan una auto-creación de límites frente a los excesos de goce. Y, desde luego, por fuera del dispositivo analítico los psicóticos, desde siempre, dieron a través del arte sus propias respuestas, muchas veces magníficas.

Pero no se puede eludir la pregunta acerca de lo que puede esperar un psicótico de un psicoanalista. *¿El psicoanálisis puede o no llegar a un psicótico?*, le preguntan a Lacan en la Conferencia en Ginebra (4 de Octubre de 1975). “*Es una muy linda pregunta...*” A esa pregunta Lacan responde que hay dos pisos: la forclusión del Nombre-del-Padre, que lleva a su vez a otro piso en el que no sólo está el Nombre-del-Padre sino también el Padre-del-Nombre. El padre como aquél que nombra se evoca en el Génesis como una payasada: Dios le dice a Adán que dé un nombre a los animales; Dios sabe qué nombre tienen pues, supuestamente, él mismo los ha creado y sucede luego que Dios prueba al hombre a ver si sabe imitarlo.

Unos meses antes Lacan, en la Conferencia Joyce el síntoma (16 de Junio de 1975), en la apertura del V Simposio internacional James Joyce, se había referido a esta diferencia:

“No es lo mismo el padre como nombre que como aquél que nombra. El padre es ese cuarto elemento sin el cual nada es posible en el nudo de lo simbólico, lo imaginario y lo real.”



Pero hay otra manera de llamarlo. Así, lo que atañe al Nombre-del padre, en la medida en que Joyce testimonia sobre él, hoy lo recubro con lo que conviene llamar el sinthome”.

El nudo borromeo se constituye de tal manera que al sustraer uno de sus elementos, se desanuda el resto lo que permite crear nudos borromeos de cuatro o más anillos

Aquí se refiere al cuarto nudo del nudo borromeo, que requiere que se lo explique.

El nudo borromeo se constituye de tal manera que al sustraer uno de sus elementos, se desanuda el resto; esta propiedad de que al cortar uno se liberan los restantes permite crear nudos borromeos de cuatro o más anillos. El anudamiento hace que los tres registros sean equivalentes en su consistencia, aunque heterogéneos. Podemos ubicar en el imaginario la consistencia, en lo simbólico lo que hace agujero y en lo real la ex – sistencia.

Nudo borromeo

Si bien el nudo se sostiene si se siguen las normas por las que se produce ese anudamiento de a tres (real-simbólico-imaginario), Lacan, a final del seminario RSI, introduce un cuarto elemento que es lo que nomina al nudo, siendo el cuarto nudo el Nombre-del-Padre. El Nombre-del padre es el significante principal necesario para que se produzca la significación fálica. Al ser un significante permite sustituirlo si toma, para un sujeto, la función idéntica de acceso al deseo y al orden simbólico con lo que queda sustituido el Nombre-del-Padre por los Nombres del Padre. Cuando este significante principal no se inscribe por estar forcluído sucede, según la fórmula lacaniana, que



lo rechazado en lo simbólico reaparece en lo real, se desencadena una psicosis.

Retomo ahora la última cita. Al cuarto nudo que nomina, lo llama ahora, en el caso de Joyce, el *sinthome*. Joyce el *sinthome*, nombre que suple al Nombre-del-Padre, es su escritura la que ejerce la función del Nombre-del-Padre. En su lugar, el *sinthome* nomina. Joyce tiene el privilegio de encarnar el síntoma. *Sinthome* es una forma antigua de escribir el síntoma. Está pensado para escribir en un solo término el significante y el goce.

La pregunta de Lacan: ¿Joyce estaba loco? es, cuando menos, sorpresiva, puesto que no había síntomas psicóticos en Joyce, y si la hace es porque se juega algo de la estructura psicótica

Joyce-el-síntoma es el nombre propio que le da Lacan y dice que Joyce se hubiese reconocido porque él quiso ser alguien cuyo nombre, precisamente el nombre, sobreviviera para siempre. Y eso marca la fecha de una nueva literatura.

Poco tiempo después, en el seminario “*El sinthome*” (1975-1976), Lacan se dirige a la obra de Joyce no con la intención de explicarla sino de encontrar respuestas a las preguntas que se plantean en la práctica analítica. Su pregunta: ¿Joyce estaba loco? es, cuando menos, sorpresiva, puesto que no había síntomas psicóticos en Joyce, y si la hace es porque se juega algo de la estructura psicótica.

Cuestión que le evoca su propio comienzo por los “*Ecrits inspirés*” (1931) y que ahora se plantea en relación a Joyce. ¿Por qué le fueron inspirados los escritos? ¿Cómo evaluar hasta donde él creía?, y sobre todo: ¿Con que física operar?



Lacan va operar ahora con los nudos y las cadenas borromeas junto con sus transformaciones: en esa escritura de los nudos incluye la pregunta si Joyce estaba loco o no.

Al principio de dicho seminario presenta un cuadro donde el orden de las consistencias se intercambian pero donde el sinthome resulta, en cierto modo, operador del anudamiento. Este cuarto elemento es necesario para el anudamiento de los otros tres y, por otra parte, siempre se apoyará en soportes subjetivos, personales. Es el sinthome cuya función es la de suplencia.

Sinthome

Pues bien, Lacan parte de que Joyce *“tiene un síntoma que parte de que su padre era carente, radicalmente carente”* y piensa que por querer hacerse un nombre, Joyce compensó la carencia paterna. Al arte de Joyce, tan particular, lo llama sinthome.

“¿Su deseo de ser artista que mantendría ocupado a todo el mundo no compensa exactamente que su padre nunca haya sido para él un padre? ¿Qué no solo no le enseñó nada sino que descuidó casi todo...?”

¿No hay algo como una compensación por esta dimisión paterna, por esta Werwerfung de hecho, en el hecho de que Joyce se haya sentido imperiosamente llamado? (...) a valorizar el nombre que le es propio en detrimento del padre?... Este es el resorte mismo por el cual el nombre propio en él es algo extraño.”

El nombre propio es lo que Joyce valoriza en detrimento del padre. *“A este nombre quiso que se le rinda el homenaje que él mismo negó a cualquier otro”.*



Lacan va exponiendo rigurosamente los distintos elementos que testimonian la carencia paterna: las cartas a su mujer Nora, el episodio de la paliza -del que hablaré más tarde- la idea de creerse redentor, la creencia de que su hija Lucia era una telépata y no una loca...

Lo que, en términos topológicos, puede definirse como sinthome permite al nudo de tres mantenerse en una posición tal que parezca constituir un nudo de tres, sin serlo. Su propuesta es que Joyce responde a un modo de suplir un des-anudamiento del nudo. Porque el nudo se puede desanudar aunque tenga la apariencia de estar bien anudado. Es la clave de lo que Lacan cree que le ha pasado a Joyce y a ello ha llegado por los nudos, haciendo con ellos, equivocándose con ellos.

De ahí que Lacan va a situar lo que falta al nudo de Joyce y lo que lo corrige.

En Joyce, el ego jugó otro papel que el que juega en el común de los mortales, la escritura es esencial para su ego, como se podrá comprobar un poco más adelante.

Lacan se pregunta: ¿Qué pasa cuando a consecuencia de alguna falta los redondeles no se anudan? *“Lo que sostengo con el sinthome está marcado por un redondel de cuerda que considero que se produce en el lugar mismo donde digamos yerra el trazado del nudo”*.

Desde el psicoanálisis sabemos que una falta tiende, si hay un inconsciente, a expresar algo.

Joyce cuenta que un grupo de poetas, entre los que se encontraban Tennyson, Byron y otros, le ataron a una barrera de alambres con púas y uno de ellos, un tal Heron, que dirigía todo el asunto, le golpeó durante un cierto tiempo. Joyce se interroga acerca de qué hizo que



pasada la cosa no estuviera resentido. Lacan dice que Joyce, como poeta, metaforiza la relación con su cuerpo diciendo que todo el asunto se suelta como una cáscara. ¿Qué sentido dar a eso que Joyce testimonia? Joyce, cuando lo golpearon, no pidió sino dejarse caer como una cáscara. Puede ser que le gustase el que lo golpearan, pero sorprenden las metáforas que usa: el desprendimiento de algo como una cáscara. De ahí infiere Lacan que esa vez no gozó, tuvo una reacción de disgusto, de asco concerniente a su propio cuerpo. Como alguien que ahuyenta un mal recuerdo.

Ahí Lacan advierte a los analistas que esta idea de dejar caer el cuerpo es sospechosa porque la idea de sí mismo como cuerpo es lo que se llama ego. Ego narcisista porque sostiene el cuerpo como imagen. En el caso de Joyce, esta imagen no está implicada, no ocurre en Joyce al no poder sostenerse en la función del padre.

Lacan traslada esta cuestión al nudo borromeo. Si cuando se hace un nudo, si en su escritura se produce una falta, si los cortes no pasan adecuadamente, el Imaginario se escurre, se desliza, *“exactamente como lo que Joyce experimenta después de haber recibido su paliza”*; se escurre, la relación imaginaria no tiene lugar y lo real no se anda con lo simbólico.

En definitiva, Joyce se libra de la psicosis gracias a su escritura (sinthome) que compensa el defecto de anudamiento del imaginario con lo real y con lo inconsciente, escritura que ejerce una función de suplencia de la metáfora paterna ausente

Si Joyce resulta tan ilegible es porque su ego es totalmente distinto al nuestro. El ego viene a corregir la relación faltante, lo que no anudaba de forma borromea lo imaginario con lo real ni con lo simbólico;



por el artificio de la escritura de Joyce se restituye el nudo borromeo al establecer un segundo lazo entre lo simbólico y lo real y sujetar el imaginario. Si Joyce es el escritor por excelencia del enigma, ¿no será a consecuencia de esa síntesis mal hecha del ego, de su función enigmática, reparatoria?

En definitiva, Joyce se libra de la psicosis gracias a su escritura (sinthome) que compensa el defecto de anudamiento del imaginario con lo real y con lo inconsciente, escritura que ejerce una función de suplencia de la metáfora paterna ausente. El sinthome tiene una función reparatoria, de compensar la falta o, dicho de otra manera, el ego, con su peculiar manera de escritura y de utilizar el lenguaje -con la creación de una nueva literatura- sujeta, ata, repara lo que no había, sirviendo de nexo entre lo simbólico y lo real y estabilizando el nudo. Por eso es una psicosis asintomática.

En el caso de Joyce, hay un des-anudamiento de lo imaginario respecto de los otros dos registros, el imaginario se suelta, se desliza, no se puede sostener y es sostenido gracias al ego corrector que supone su escritura. Habla así de una estructura psicótica estable, que no se desencadena, y cuya escritura hizo una función de suplencia. Por este artificio de escritura se restituye el nudo borromeo, pasando entonces a una actividad de suplencia reparadora.

Por este artificio de escritura se restituye el nudo borromeo, pasando entonces a una actividad de suplencia reparadora.

Esta constatación de Lacan, a propósito de Joyce, tiene algunas consecuencias clínicas:

1- Diferencia entre los fenómenos psicóticos y la estructura psicótica de forma más clara.



2- Hay psicosis que no se desencadenan, estables, pero que se pueden desencadenar por distintos factores.

3- Explican las compensaciones clínicas de larga duración.

4- Inaugura una clínica de las suplencias.

Una vez más el psicoanálisis aprende de los psicóticos.

Pedro Muerza.
Psicoanalista de la Escuela Abierta de Psicoanálisis.
Instituto de Psicoanálisis de Pamplona.
muerzacho@ono.com



LETRAHORA